

Más espacio crítico

Voces diversas. Nuevas lecturas de Soledad Acosta de Samper

CAROLINA ALZATE E ISABEL CORPAS DE POSADA (compilación)
Instituto Caro y Cuervo/Universidad de los Andes, Bogotá, 2016, 424 pp.

UN RECONOCIMIENTO que hay que hacer a la crítica literaria especializada en Colombia durante lo corrido del siglo XXI es el redescubrimiento de la injustamente olvidada obra de Soledad Acosta de Samper (1833-1913). En esta tarea, centralmente, han estado vinculadas unas profesoras universitarias (en particular de las universidades Nacional, Andes y Javeriana, y del Instituto Caro y Cuervo) que durante varios años se han dedicado a expurgar la copiosa cantidad de textos que escribió la autora bogotana y, de paso, le han hallado un puesto en el ideario intelectual colombiano. Se cumple con ello un doble acto de justicia. De un lado, al reconocer los más de sesenta años de trabajo intelectual de Soledad Acosta de Samper se rompe el canon colombiano dominado esencialmente por varones (de Jorge Isaacs a García Márquez), y por otro, se reivindican los estudios literarios de género, que no acababan de encontrar eco en las especialidades humanísticas.

Acosta de Samper es “de lejos, la mujer más importante en la historia de la literatura colombiana del siglo XIX”, como bien lo señala Luis H. Aristizábal en una reseña publicada en el *Boletín Cultural y Bibliográfico* n.º 68, (2005, p. 180). Pero para llegar a un juicio de este tenor tuvo que pasar más de un siglo de silencio. Debemos a la catalana Montserrat Ordóñez el primer gran aviso de que teníamos una gran escritora en Colombia y la habíamos pasado por alto. Ordóñez, en 1988, publicó un trabajo cimero: *Soledad Acosta de Samper. Una nueva lectura* (Bogotá, Fondo Cultural Cafetero, 1988. La reseña atinadísima de este libro fue escrita por Beatriz Patiño y publicada en el *Boletín Cultural y Bibliográfico*, n.º 19, 1989, p. 10).

Es precisamente a Montserrat Ordóñez a quien está dedicado este grueso volumen compilado por las devotas estudiosas de Acosta de Samper: Caro-

lina Alzate (Universidad de los Andes) e Isabel Corpas de Posada (Instituto Caro y Cuervo). El libro reúne 18 ensayos escritos por especialistas, no solo de Colombia sino de universidades estadounidenses y españolas. Nos parece importante señalar que solo figuran dos hombres entre el grupo de investigadores.

Antes de comentar brevemente algunos de los ensayos, es pertinente reconocer el contexto en el que surge la obra de Acosta de Samper para destacar el valor y la peculiaridad de la escritora. Hija de un militar que estuvo involucrado en las gestas de Independencia, y de una estadounidense educada en la religión protestante, Acosta de Samper vivió en un momento sumamente problemático de la historia de Colombia: fue testigo, muy joven, del golpe de Estado del general Melo, asociado a un efímero momento en que los artesanos se rebelaron contra las nacientes oligarquías liberales y conservadoras; vio con pavor la revolución de los radicalistas anticlericales en 1863, y apoyó la consolidación hegemónica de la Iglesia católica y del partido conservador a partir de la Regeneración en 1886, liderada por Rafael Núñez y Miguel Antonio Caro. Acosta de Samper, además, se enamoró apasionadamente y se casó con un intelectual fundador del liberalismo moderado en Colombia, José María Samper, de quien se sintió discípula, apoyándolo lealmente en su agitada carrera política. Pero el aspecto más arriesgado de su trayectoria intelectual tiene que ver con el hecho de que ella representa —desde una perspectiva de clase social elitaria— la primera voz feminista en Colombia.

Todos los ensayos incluidos en *Voces diversas* hacen énfasis en este tema. Tres de los trabajos, en especial, profundizan en el asunto: “‘El sitio que me es permitido llenar’. Soledad Acosta de Samper y el campo decimonónico colombiano”, de Patricia D’Allemand; “La movilidad femenina en *Teresa la limeña*”, de Lee Skinner, y “Soledad Acosta de Samper y Emilia Pardo Bazán. Dos mujeres en busca de la autonomía femenina”, de Guadalupe Gómez. Acosta de Samper no fue traidora de su clase (como en parte lo fueron Juana Manuela Gorriti en Argentina y Clorinda Matto de Tur-

ner en Perú), tesis que se deduce del ensayo de D’Allemand, pero tampoco fue una cómplice pasiva que se quedó callada ante las injusticias y la opresión que sufrió la mujer colombiana en la segunda mitad del siglo XIX. Lo primero que resalta es que Acosta de Samper vio en la educación femenina un factor clave para superar la histórica dominación que sufrían de parte de los varones. En un valioso ensayo (*Boletín Cultural y Bibliográfico*, n.º 37, 1994) la historiadora antioqueña Patricia Londoño Vega hace una descripción de la condición de inferioridad educativa en que vivía la mujer decimonónica, y de la lucha ideológica que dieron varios intelectuales (entre ellos Acosta de Samper) para que las niñas pudieran ir a la escuela. El cambio es visible durante el período radical, cuando las mujeres pasaron de ser el 10% de los asistentes a clases de educación primaria en 1870, al 42% en 1874 (p. 48). Ese año estudiaban 1.301 niños y 544 niñas, en 1.845 escuelas, casi todas abiertas gracias al espíritu secular que acompañó la propuesta de los liberales radicales, y a la valoración del maestro como ciudadano modelo, tal como lo señala Gilberto Loaiza (en *Historia Crítica*, n.º 34, 2007).

El cambio no se dio en un marco de tolerancia y consenso social, sino con fuertes diferencias desde el partido conservador y la Iglesia, que veían en las escuelas normales un espacio “inconcebible” de liberación de las obligaciones que estos grupos de poder adjudicaban a las mujeres: traer hijos al mundo, ordenar la casa, cuidar del bienestar de los varones y ser divulgadoras de la moral católica. Acosta de Samper fue medida en la solicitud de cambios, y por eso es considerada por Guadalupe Gómez como una feminista conservadora (p. 349). La idea de mujeres que se subían a los balcones a gritar por el nuevo humanismo que se abriría con la revolución socialista —como tuvo oportunidad de ver en Francia— le fue repulsiva (al igual que a Flaubert, quien parodió grotescamente sus “clubes de la inteligencia” en *La educación sentimental*, de 1869).

Aparte del cambio en el rol educativo y laboral de la mujer, Acosta de Samper propuso principalmente a través de sus novelas —como lo advierten Carolina Alzate y Lee Skinner— una

CRÍTICA E INTERPRETACIÓN		RESEÑAS
nueva mirada sobre la interioridad femenina, que convierte sus obras de ficción en un referente fascinante para ver cómo se construye un imaginario de lo femenino más allá de lo expuesto desde la perspectiva masculina en las novelas de los costumbristas y de la clásica <i>María</i> (1863) de Isaacs. Alzate recuerda que Acosta de Samper escribió, en cuarenta años de sostenido trabajo creativo, 120 novelas y 50 relatos breves! Varias de las novelas, entre ellas <i>Teresa la limeña</i> (1869) y <i>Una holandesa en América</i> (1888), como dice Skinner —evocando a los críticos Doris Sommer y Terry Eagleton—, tenían por función transmitir discursos de control y organización. Ese discurso se podía sintetizar en la consigna: “El amor romántico satisface todo para la mujer” (p. 143). Lo interesante es que Acosta de Samper va más allá y plantea —tal como lo subraya Alzate— que la mujer podría alterar ese ciclo y contemplar una alternativa: el ejercicio público de la ciudadanía y la participación en la discusión de los grandes temas políticos y sociales del país (p. 199). La identidad privada y la participación en la vida pública no son antagónicas. Visto que el margen de acción para una mujer de finales del siglo XIX resultaba limitado (literalmente ninguna mujer podía pensar que la soltería voluntaria, la salida afectiva homosexual o el trabajo libre de la dominación masculina eran una opción), la respuesta al férreo dominio patriarcal podría ser la acción política. Esta libertad, desde luego —en el imaginario de Acosta de Samper—, no podía romper con el compromiso femenino de velar por un ámbito privado donde la mujer era el centro del orden familiar. Este conjunto de contradicciones, de dar un paso afirmativo y luego retroceder dos, marca la comprensible situación de Soledad Acosta de Samper en el marco de una sociedad intolerante, propensa a resolver las diferencias a través de la guerra, y marcada por el sesgo religioso y el monopolio discursivo de la voz masculina. La valerosa respuesta de la escritora bogotana no fue el silencio, sino el periodismo. La profesora Maryluz Vallejo (Universidad Javeriana) declara en su artículo que Acosta de Samper es la decana del periodismo colombiano (p. 256),	por encima de Antonio Nariño, y en ello le encuentro toda la razón. Su trabajo periodístico es encomiable: revistas como <i>La Mujer</i>, <i>El Domingo</i> y <i>Lecturas para el Hogar</i>, decenas de artículos, la exigencia de duplicarse para cumplir a los pocos suscriptores, la reportería vigilante, cobrar cuentas y pagar deudas, estar atenta a todo el proceso editorial, revelan su dimensión intelectual y empresarial, así como el valor que Acosta de Samper daba a su trabajo y al eco que pudieran obtener sus escritos dentro de la esfera letrada. Dos núcleos de análisis de <i>Voces diversas</i>, que por espacio no se alcanzan a comentar en detalle aquí pero recomiendo al lector interesado, son, primero, los ensayos de Isabel Corpas y del profesor William Plata (Universidad Industrial de Santander), que desde orillas epistémicas diferentes valoran el aspecto religioso en Soledad Acosta de Samper; y segundo, el trabajo innovador de Carmen Elisa Acosta (Universidad Nacional), que desde tesis basadas en Chartier y Foucault (el “orden del discurso”) explota las múltiples señales que proporciona el <i>Diario íntimo</i> (1853-1855) para una historia de la cultura escrita en Colombia, con un enfoque de género. Abrir el canon de la historia literaria y del periodismo nacional, avizorar alternativas para la mujer en un entorno clausurado, generar un espacio discursivo autónomo, proponer un modelo (así sea conservador) de recuperación de los derechos de la mujer, convierten la obra de Soledad Acosta de Samper en una mina para los investigadores del siglo XIX colombiano. Sin ella, sin los logros que alcanzó por limitados que estos parezcan hoy, no habría sido posible, en una perspectiva hegeliana de la historia intelectual (como lo ha destacado Rafael Gutiérrez Girardot en <i>Temas y problemas de una historia social de la literatura hispanoamericana</i>, 1989), un perfil revolucionario como el de María Cano o el de las poderosas mujeres escritoras y al tiempo activistas políticas que surgieron en el siglo XX, y de las que en este momento batallan por el reconocimiento intelectual y la igualdad de derechos. Carlos Sánchez Lozano	